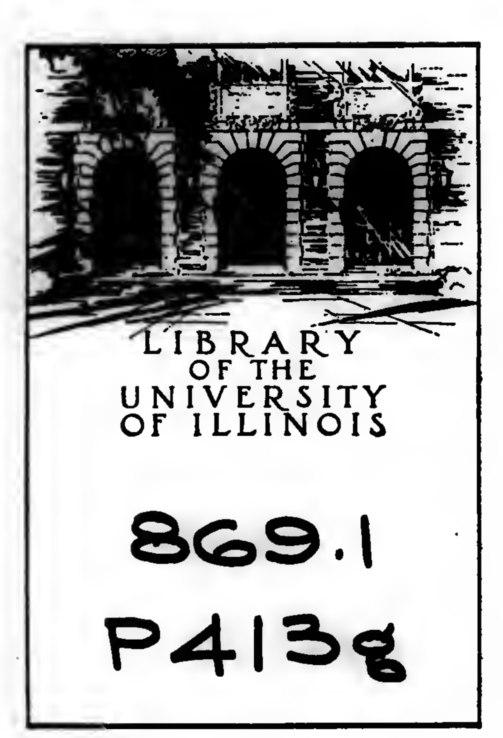



Neve
UN
GESTO
RAFAEL PEREZ TAYLOR

UN GESTO



Rafael Pérez Taylor.

UN GESTO

Drama Social en dos actos y un cuadro

MEXICO.
Andrés Botas e Hijo.
1a. Bolívar, 9. Librería.
—1917—

Talleres Gráficos de "El Nacional."—4a. Medinas, 83.

CARIÑOSAMENTE,

al buen amigo y viril periodista

GONZALO DE LA PARRA.

El Autor.

A la futura juventud de mi hijo

ROBERTO OCTAVIO.

A Tí,

Roberto Octavio, dedico esta primera producción literaria que, si no es una joya envuelta en la púrpura radiante de un heleno, sí es la demostración palpable de un luchador que después de su vegetar inconsciente por el útero de una escuela filosófica ha llegado silencioso, taciturno, desmedrado, con el cofre de sándalo de sus ilusiones completamente vacío, al país firme de una convicción absoluta, adonde el gonfalón victorioso de una creencia ha rotulado la enérgica y profunda palabra de INDIVIDUALISTA; y, al igual que Constantino luchó con la divisa de la Cruz, lábaro de sus épicas conquistas, espero que tú, que encierras todavía en la cabecita blonda el enigma de una existencia vasta, lucharás silencioso y único por conocerte a tí mismo—doctrina socrática—y después reforzarás tu individuo y procurarás valer por TI MISMO, por lo que eres y no por lo que te rodea, que riquezas, honores, puestos públicos y fama, se desvanecerán rápidamente si por tu propio esfuerzo no vales nada.

Nunca seas militar ni aspires siquiera en sueños a serlo, porque esclavo serás siempre de la ordenanza y tu espada ensangrentada con el carmesí de las víctimas, no servirá más que para entronizar déspotas absurdos o tiranos vergonzantes; pues la continua conjugación del verbo matar, anula todo sentimiento por querer garantizar la Justicia y la Paz por medio de la amenaza. Lee nuestra historia.

Procura siempre convencer por medio de la razón y jamás por medio de la fuerza.

Nunca esperes salvación de las leyes, ni códigos, constituciones o derechos, que todo este pandemonium de jerga literaria no ha servido más que para justificar latrocinios, canongías, sueldos y presupuestos; y si eres pobre y débil, aunque tengas la razón ¡óyelo bien! serás vencido, pues a las convulsiones de opresión y miseria, sólo se oponen las bayonetas para restablecer la paz del terror y el silencio del despotismo.

Nunca creas en los declamadores a destajo ni en los defensores de oficio, que lo mismo hablan en pro de la Patria, que la venden en el extranjero para conseguir empréstitos ruinosos; o lo mismo alaban al pueblo para matarlo de hambre en medio de mercenaria elocuencia.

Busca a tu Patria siempre en el hogar.

Vigoriza tu cuerpo.

Si en tus entusiasmos jùveniles pienzas pertenecer a un partido, secta o falansterio, procura siempre robustecer tu personalidad a costa de desengaños y sacrificios, para así poder llegar consciente y vencedor al campo INDIVIDUALISTA, o sea abandonando la impura Babilonia para entrar a la divina Jerusalén de tus ensueños.

Si tienes la necesidad y solicitas el consuelo de una religión, enciérrate dentro de tí mismo; estudia todos los dogmas y analiza todos los credos, y si después de tu abstracción y estudio te decides por una creencia, jamás trafiques con ella, pues serías indigno ante tus propios ojos.

Nunca creas en los mimos ni promesas de la multitud, que ésta como vil ramera y golfa de profesión, sólo rinde tributo al dios Exito: ¡despréciala!

Jamás pienses que el dinero da la felicidad. Procura tener siempre lo necesario sin gozar de lo superfluo, y así tendrás más tiempo que dedicar al estudio y a la meditación, que forman los dos principales factores de la efímera dicha humana.

Si no te llega a poseer la imbecilidad, cree en DIOS.

Acuérdate de que José II mandó castigar a los Deístas, no por el hecho de serlo sino por-

que pretendían ser una cosa que no comprendían.

Si cuando empieze tu conocimiento del YO lees este drama y no te llama la atención, guárdalo, no lo rompas; consérvalo en uno de los plúteos de tu cuarto de estudio, porque tal vez, un día, el infortunado día en que sientas el áspid de un desconsuelo colectivo, estoy seguro que lo buscarás con avidez para leerlo. Son las páginas de un visionario escritas con su propia sangre y cuando todavía era poseedor de músculos recios y juventud florida, pues esto te lo escribió a los veintinueve otoños.

TU PADRE.

Juicio crítico de Don Juan Ruiz, cronista de "El Nacional"

"Un Gesto" que ya lo es de triunfo

Flotante la melena rubia—como flota al aire la bandera—los ojos azules de extranjero, la patilla a la inglesa, el autor incuba y concibe «Un Gesto.»

Su melena, sus patillas y su corbata-mariposa, no son de un pavo insigne. En esta tierra, donde se cascan tantas nueces vanas entre dramáticos y poetas y economistas........ el artista trae un diamantino sonido de oratoria, su hada madrina, un hechizo de bruja humilde: su roce con el proletariado, y una poma sabrosa que es Hugo, Rousseau, con un breviario: «Motivos de Proteo.»

De su obra literaria no hablo, porque quiero referirme al porvenir que abraza. Mirando atrás, bástеme advertir que el autor de «Un Gesto» no es advenedizo en las bibliotecas y que Marx y Kropotkine todavía tienen medio bus-

to afuera en los anaqueles, como amigos que están para despedir al que estuvo de visita

En las hornillas del trabajo, en los yunques donde el martillo chispea, en los talleres donde una aguja se lleva los ojos del sastre y unos bolillos tuberculizan a lindas muchachas, el autor a que aludo sopló sus primeros entusiasmos de redentor.

¿Qué le habrá dicho al oído la vida posteriormente?

Algo se trasluce en ese «gesto» que ahora va a llevar a la escena y que a Taboada toca dar tal realidad, que descubra el movimiento de los músculos que troqueló el rostro del escritor y mediante una tal disposición de haces, descubrir qué intensidad de fenómenos de alma hánse operado.

Yo no quiero hablar, sino brevemente, de esta obra dramática que el de las patillas rubias y el del breviario de Rodó ha escrito para el teatro y dedicado a Gonzalo de la Parra.

COLECTIVIDAD E INDIVIDUALISMO— Y quiero hablar brevemente de ella, porque deseo que produzca su máxima emoción en la escena. Cualquiera que fuese el ambiente que servidor provocase, el nuevo drama ha de causar una impresión real, porque es vida aprisionada, vida sacada de raíz con la azada, vida sorprendida en su desnudez y al través de los

ropajes complicados de las alcurnias sociales que hoy clasifican la distribución de trabajo de los hombres.

«Un gesto» es esencialmente un debate que se ventila entre el colectivismo y el individualismo. Cada una de estas doctrinas se encarna en un tipo del drama. Es, pues, una síntesis. Pero no se tema que el autor haya discurrido por los campos formidables de las academias y se haya esterilizado proponiendo esquemas y esquivando sentimentalidades.

UNA MUJER.—Fuego agita el drama. Fuego hay en los primeros pasos del protagonista. Pasión a cada momento. Pasión también en el descorazonamiento que produce la grieta final con que se derrumba la acción.

Muy lejos está la obra de parecer editorial o clase de magister. En la trama pasa el amor de los sexos y esto basta para garantizarnos de que no se trata de una exposición simplemente cerebral.

Además, si la acción final de la obra aparece realmente emocionante hasta en sumo grado, es que allí se ha visto envuelta en el desastre de un sistema doctrinario la vida de una mujer. ¿Y de qué mujer? De la novia, de la amada.

DON JUAN RUIZ PRESO EN EL ESTUDIO DEL AUTOR.—Yo he pasado cerca de

dos horas escuchando de labios de Pérez Taylor la lectura del drama. Lo he felicitado por haber conseguido dos cosas: un acopio exquisito de pensamientos en forma esculpida de joyero—que todo esto es la exposición y primer acto—y una activísima dinámica de escena en el segundo acto. De suerte que del pensamiento alado, el oyente vendrá al relámpago vertiginoso de la acción.

Pérez Taylor habia escrito su drama en un acto y dos cuadros. Don Juan Ruiz le alentó a separarlos en dos actos mediante la adición de algunos diálogos en la amplificación de la segunda parte. Esta obra pronto subirá a escena en el Teatro «Ideal.»

El primer actor, Sr. Taboada, exterioriza la impresión que "Un Gesto" le produjo

—

Contemplada en las precisas horas del alumbramiento, cuando todavía el Buen Gusto, como artífice apasionado de su obra, esculpía los detalles postreros y se retocaban escenas y se achicaban diálogos y se introducía un asunto episódico, la producción teatral que mañana se estrena, «Un Gesto», parecióme vehemente esfuerzo de vida que llega a proclamar derechos de existencia y derechos de ser conocida, ipso facto, de los públicos.

A poco la obra pasó a manos de Mutio, quien dió promesa de representarla; mas por accidentes que se me escapan, el Teatro Ideal obtuvo el honor que iba a corresponder al Teatro Mexicano.

«Un Gesto» vino, por tanto, a poder del primer actor español Taboada, el cual, con ser español, prohijó la producción mexicana.

Ahora resulta mas novedoso conocer la impresión que en el primer actor Taboada el drama aludido produjo.

En opinión de este caballero, «Un Gesto» dista mucho de ser una de esas telas de araña que a menudo y precipitadamente tejen cerebros vacíos o mal preparados.

El autor se abre un horizonte que acaso no le había sido revelado. Sorprendió al actor que Rafael Pérez Taylor haya logrado movimiento, situaciones, dinámica, la cual se desencadena de modo especial en el segundo acto.

Hay exposición de teorías, díalogo de cierta extensión, mas por suerte, ello solicita la atención del público, cuando ya éste se haya enterado del asunto pasional, de manera que si el autor suele subir a la tribuna a defender su tesis, esto es, cuando sus personajes han interesado por el descubrimiento de sus almas amorosas.

Proceder así es ventajoso, puesto que de ordinario los públicos van predispuestos a sentir mejor que a pensar, y el dramaturgo necesita envolver en lenguaje pasional, primero, la vida, para exhibir a la postre sus capítulos de filosofía.

Sucede como con la música, que toca primero la sensibilidad para ganar después la inteligencia.

Sobre tales tópicos, el primer actor, señor Taboada, exteriorizó sus impresiones; añadió conceptos en su mayoría favorables para el drama citado, el cual fué recibido con temores justísimos cuando es general que la dramática mexicana repita muy a menudo el parto de los montes.

Leída la obra, el autor enmendó ciertas frases, acortó otras, sin que en ello interviniese el señor Taboada, por reserva cortés, por experiencia impuesta. Y no que el señor Pérez Taylor hubiese creído en una rivalidad, en antagonismos entre actor y autor; pero esto suele suceder y de ahí la reserva que los actores asumen.

En suma, el señor Taboada se halla satisfecho. Con marcado gusto aceptó la producción del señor Pérez Taylor, cuyos entusiasmos halaga, máxime que se trata de un joven modesto que no intenta imponerse con petulaciones al interlocutor, soberbia muy frecuentemente observada.

REPARTO

Teresa......................MERCEDES NAVARRO.
Mario......................JULIO ABOADA.
Joaquín......................Tomá Navarro.
Antonio......................Alberto Morales.
Manuel......................Felipe Gil.
Francisco......................Manuel Poz s.
José......................Tomás Nebreda.
Reportero......................J. Perafán.
Obrero 1o......................Octavio Luzart.
Obrero 2o......................Nan de Allariz.

Comisario, Camilleros y pueb o.

Estrenada con gran xito, la noche del 24 de junio de 1916, en el Teatro "IDEAL" por la compañía de la elegante primera actriz MERCEDES NAVARRO.

UN GESTO

Un despacho.—A foro izquierda, escritorio y mesa para escribir.—A foro derecha, teléfono y estante con libros.—Puerta al fondo y ventana a foro derecha

ESCENA I.

JOAQUIN Y MANUEL

MANUEL.— ¡Soberbio balance ha sacado usted hoy, Don Joaquín! tiene un saldo a su favor de treinta mil pesos, producto de sus negocios de Bolsa, así como por liquidar sus mercancías a precios fabulosos valiéndose de los últimos pánicos financieros.

JOAQUIN.—Es verdad; mis cálculos no me han engañado. He aquí la fórmula para hacerse rico en América: en una vasija de barro sin cocer, porque el cocimiento cristaliza y el cristal es pureza, echan ustedes, los tímidos cuatro kilos de adulación, ocho de hipocresía,

cuatrocientas toneladas de egoísmo, una poca substancia de audacia y algo de oportunidad, y en este continente que «Bello país debe ser el de América papá» se pueden amasar las grandes fortunas y se pueden fabricar los grandes capitales.

MANUEL.—¡Qué cínico! Bueno señor Joaquín, hasta mañana y espero que el ligero conflicto surgido entre sus operarios tenga buen resultado, pues a fuerza de ser verídicos, la situación actual es insoportable y ninguna cantidad de dinero es suficiente para poder solventar las más perentorias necesidades.

JOAQUIN.—¡Exageraciones! El que es vivo, siempre puede hacer fortunas. Todo es cuestión de actividad.

MANUEL.—Conforme. Pero es que el radio de acción del trabajador es más miserable y estrecho que el radio de acción del que pertenece a la clase media. Esta tiene sus relaciones perfectamente definidas, mientras que la otra, se arrastra en la miseria inquietante de su pocilga.

JOAQUIN.—¡Culpa es del gobierno! . . . . . .

MANUEL.—No tal; culpa es de los malos comerciantes que convertidos en desenfrenados Shylocks, no saben como extorsionar al pueblo, matándolo de hambre con mercancías caras y por ende adulteradas. He ahí el mal

y he ahí a los que el pueblo debe castigar con mano férrea.

JOAQUIN.—Apostol o socialista me resultas ahora, ¡ja, ja, ja! Anda vete a tu casa y déjame con mis ideas, pues al fin y al cabo, tu no eres más que un empleado y yo soy ¡fíjate bien! el amo.

MANUEL.—No es para que usted se moleste. Bueno, hasta mañana y sólo le suplico atentamente se sirva aumentarme el sueldo, porque ya ve usted, tengo familia.

JOAQUIN.—Siempre he sido buen patrón y he retribuido a mis empleados con gran liberalidad, cuando éstos han sido consecuentes conmigo.

MANUEL.—Muchas gracias señor; yo no comprendo como hay malas lenguas que se expresan mal de usted, siendo una persona tan bondadosa y justiciera, que sabe comprender los anhelos de sus inferiores. Hasta mañana.

ESCENA II.

—

JOAQUIN Y TERESA.

—

TERESA.—¡Qué contento te encuentro papá! De seguro acabas de realizar un bonito negocio y me comprarás, no lo dudo, los pendientes aquellos que te pedí.

Joquin.—Inútil es que me lo digas. Sabes bien que toda mi fortuna es tuya y que cualquier capricho, por mas pueril que sea, estoy dispuesto a satisfacerlo.

Teresa.—Muchas gracias papá. Eres el mismo de bondadoso.

Joaquin.—No tanto, hija mía.

Teresa.—¿Es que ahora te vas a poner serio?

Joaquin.—No; pero es que voy a decirte algo muy importante para tu porvenir y mi tranquilidad.

Teresa.—Me asustas papá. Parece que vas a resolver conmigo alguna ecuación algebraica o una regla de tres.

Joaquin.—No te burles, ni trates malévolamente de desviar la conversación. Sentémonos, y ahora que nos encontramos solos, vamos a hablar como dos buenos amigos, sin olvidar que yo soy y seré siempre tu padre.

Teresa.—No acierto a comprenderte.

Joaquin.—Teresa, todo se llega a saber y no hay secreto, por más misterioso que sea que no se descubra, y vale más una declaración mía, categórica y absoluta, sin esperanza, a venir con rodeos e hipocresías que no traerán mas que dificultades para tu porvenir.

Teresa.—Te escucho con impaciencia. Dime: ¿de qué cosa tan seria se trata?

Joaquin.—De Mario . . . .

TERESA.—Es un hombre honrado é inteligente.

JOAQUIN—Pero es mi servidor.

TERESA.—Eso no tiene nada de particular, papá. ¡Cuántos a su edad envidiarán su porvenir!

JOAQUIN.—Veo con tristeza que te preocupas mucho por él y no en vano las malas lenguas de la fábrica, así como los anónimos que a diario recojo en mi correspondencia, me dicen que tienes relaciones con Mario por creer éste que eres un gran partido.

TERESA.—¡Eso es una infamia y una calumnia!

JOAQUIN.—Sea lo que fuere; yo, como amo y señor que soy de tu vida, te prohibo terminantemente el que vuelvas a cruzar una sola palabra con ese advenedizo que, aprovechándose de la confianza que le tengo, ha llegado a la increíble osadía de poner sus míseros ojos en los tuyos, hija mia.

TERESA.—Pues bien, padre, ya que usted lo quiere, hay que confesarlo: yo adoro a Mario porque es bueno, porque es fuerte, porque es inteligente y porque no se parece a ninguno de mis adoradores a quienes tú aprecias, que no tienen más que el vestido por fuera y la crápula por dentro, ya que no teniendo otra cosa que lucir ante mi eterna inquietud de mujer soña-

dora, lucen sus corbatas, sus chalecos y sus calcetines de última moda.

JOAQUIN.—¡Contente! ...... Son personas bien educadas.

TERESA.—Tan educadas; pero yo antes que amar, no digo amar, de fijarme en cualquiera de esos fifís, preferiría encerrarme en una hacienda para morir felizmente en comunión con la naturaleza. Pero es, papá, que tú no conoces a Mario. Si lo vieras tan puntual en su trabajo; si escucharas las relaciones entusiastas que hace de su porvenir; si lo contemplaras con sus ojos brillantes y sus labios húmedos y su palabra elocuente, llena de fuego, que lo mismo resuelve un problema dificil de maquinaria, que alienta y da vida a los desheredados. Si vieras la felicidad que destila por su cuerpo, la juventud gloriosa de su alma que no guarda odios ni rencores para nadie. Si lo hubieras visto dando consuelo a los trabajadores desafortunados y enseñando a los ignorantes; si lo vieras trasformado en la tribuna de su sindicato proclamando la justicia, verías que Mario, mi Mario, el que yo amo, el que yo he soñado en mi recámara de vírgen como el caballero del ensueño que llega en su caballo nevado a consolar mis penas, vale más, ciento de veces más, que el petimetre de Rodríguez, el

mercachifle de piloncillo y azúcar, con el cual quieres casarme.

JOAQUÍN.—¡Mala hija! Jamás creí que dieras tal pago a mis afanes y desvelos. Yo, antes de verte con ese obrero levantado, preferiría que estuvieses muerta. Porque Mario, ese Mario de tus ensueños ridículos, no es el del caballo nevado, es el hijo de Pedro, de aquel viejo portero que cuarenta años há comenzó a servir en mi fábrica, y Mario, su hijo, no ha sido más que el arrimado que yo hice hombre para mi desgracia y a quien jamás podré considerar como hijo político...... sólo de pensarlo me avergüenzo..... sino que siempre será para mí un pedazo de ladrillo o un piñón de mi maquinaria, algo material que debe estar supeditado a mi gusto y ambición. Mario no es hombre libre, Mario es un empleado mío que debe estarme agradecido y que jamás debió ofender mis canas haciéndote proposiciones menguadas de amor para quedarse a la larga con la fábrica.

TERESA.—¡Mentira!...... Mario es incapaz de semejante pensamiento. Mario negaríase a recibir cualquiera ayuda tuya en ese sentido por creerlo una ofensa a su dignidad. Mario, para desvanecer todas esas míseras sospechas, ha ofrecido llevarme al extranjero.

JOAQUÍN.—¡Vaya si te ha enloquecido ese

miserable! Uno de los subterfugios de todos los seductores.... El viaje al extranjero..... El desprecio a mi fortuna.... ¡Valiente canalla!

TERESA.—Mira papá que arrancas todas mis ilusiones. No seas cruel.

JOAQUIN.—Escúchalo bien: jamás sufriré la humillación de contar en mi familia al hijo de un portero, y te prohibo que nunca tus labios vuelvan a macularse con el nombre de ese mal agradecido. (mutis)

ESCENA III

TERESA Y ANTONIO

ANTONIO.—¿Se puede pasar?

TERESA.—Sí, pase usted.

ANTONIO.—Pero ¿qué te pasa? ¿lloras? He visto salir a tu padre como un ventarrón, apenas sí me saludó. ¿Alguna mortificación doméstica?... ¿Un capricho contrariado.. ¿Algo?..

TERESA.—No; no es nada de eso. El asunto es más grave.

ANTONIO.—¡Cáspita! La cosa se complica y tus hermosos ojos se encuentran agobiados tristemente por el pesar de las lágrimas.

TERESA.—Quiero pedir a usted un consejo.

ANTONIO.—Dí, hija mía, estoy dispuesto a escucharte y espero que bajes de la *turris ebur-*

nea de tu ensueño, que yo, viejo escéptico y filósofo trashumante, tendié siempre en mis labios una palabra de consuelo y un aliento de esperanza para todos aquellos que tienen dentro del pecho el dardo de la decepción. Habla.

TERESA.—Es usted muy bueno.

ANTONIO.—Déjate de boberías. Yo no soy bueno ni malo; todo es relativo en la vida, y tanto la bondad como la perfidia son factores de las circunstancias que obran tenazmente sobre el individuo en la lucha por la existencia.

TERESA.—Pues bien, Don Antonio, yo amo a Mario y Mario me ama.

ANTONIO.—Y tu padre se opone ¿no es eso?

TERESA.—Así es.

ANTONIO.—Y tu padre con esa fanfarronería propia de los hombres acomodados se siente ofendido en su dignidad, porque Mario, hijo de la gleba, ha puesto sus ojos varoniles en los ojos de su hermosa hija.

TERESA.—¿Pero como sabe usted toda mi historia?

ANTONIO.—De manera muy sencilla. Los hombres que como yo hemos sido muy trabajados por la vida y hemos arrastrado una juventud desenfrenada y tormentosa, donde el engaño fué siempre el estribillo de nuestras aventuras, hemos sabido de todos los éxodos injustos así como de todas las barbaries huma-

nas y nuestros pies, empolvados por el camino de remotas sendas, han cruzado todos los abismos. Guardaba debajo del brazo, como viejo quimerista, un cofrecillo de oro que contenía mis ilusiones y en una de tantas aventuras me sorprendió de repente una vieja llamada Vida y me lo arrebató. Por eso, Teresa, porque he sufrido hondamente, conozco los dolores de los demás ya sea por sugestión o maleficio.

TERESA.—Entonces usted me comprenderá ¿no es cierto?

ANTONIO.—Tanto te comprendo que adivino la tragedia: el goce egoísta de un padre que expolia miserablemente a una hija para adular su vanidad.

TERESA.—Mi padre en el fondo es bueno.

ANTONIO.—Como la mayoría de los padres. Engolfados en sus prejuicios religiosos y sociales, no pueden comprender que la vida nueva es una rueda que camina prodigiosamente hacia las regiones de la Libertad y de la Ciencia; y juzgan sus pasiones y egoísmos como la hilación de la conducta de sus antepasados, de aquellos buenos señores fanáticos que sólo concebían la honradez de los jóvenes de asociaciones religiosas, aunque éstos llevasen marcados en el rostro, como estigma flagelador, las huellas de sus vicios solitarios. Y a todo gesto de energía le llamaban rebelión. Y tu

padre, dispénsame, pertenece a la casta de burgueses que no adoran sino el éxito y no aman sino la fuerza: dos divinidades de las bestias. Por eso, porque Mario es pobre y todavía no es un consagrado de la fortuna, ni lleva gemas en los dedos ni libretas de banco en el bolsillo, lo desprecia y le humilla.

Teresa.—¿Y usted nos ayudará?

Antonio.—El oficio no es muy galano que se diga; pero como por encima de los convencionalismos deben existir siempre la virtud y la justicia como normas de rectitud y grandeza, cuenta incondicionalmente conmigo, ya que el amor es fe, ambición noble y entusiasmo capaz de sugerir todas las inspiraciones, pues donde él halla obstáculos y guerra, nacen odio y furor, ira y envidia.

ESCENA IV.

Dichos y Mario.

Mario.—¿Qué no está aquí Don Joaquín? Buenos días. Dispensen ustedes que no les haya hablado. Vengo tan inquieto por la situación, cada vez más difícil de los trabajadores en la fábrica, que éstos están dispuestos a declararse en huelga si el gerente de la negociación no accede a sus peticiones. . . . .

ANTONIO.—Nada más justo.

TERESA.—¿Y el conflicto es muy grave?

MARIO.—Más de lo que al principio se creía. Los obreros, mis compañeros, apenas pueden vivir con su acostumbrado jornal. Los artículos de primera necesidad se encuentran por las nubes y ellos, atenaceados por la miseria, no hacen más que prorrumpir en el grito de rebeldía: ¡La Huelga! . . . . Y esto no puede seguir así. Se ha nombrado una comisión del sindicato de tejedores y ahora vendrán a presentar sus peticiones al señor Don Joaquín exigiéndole aumento de salario y si él no accede, créanme ustedes que serios conflictos acarreará su innoble resolución, y yo . . . .

TERESA.—¿Y usted qué? . . . .

MARIO.—Yo los seguiré mi Te . . . .

ANTONIO.—Veo que las oportunidades son raras, y ya que la casualidad, mi madre, ha formado este encuentro accidental o previsto, me retiro con mis cavilaciones. La vida es acerba, la vida es imprevista y a veces se convierte en ridícula paradoja; pero la contemplo como un espectáculo interesante y curioso. Hé ahí una de sus principales escenas: el amor.

ESCENA V

Mario y Teresa.

Mario.—¡Mi Teresa!

Teresa.—¡Mi Mario!

Mario.—Tu padre no tardará en venir.

Teresa.—No sé a la hora que llegue. Acabamos de tener un disgusto.

Mario.—Por mí, ¿no es cierto?

Teresa.—Sí.

Mario.—Ya me lo esperaba. El orgullo de tu padre ha de ser causa de nuestra desgracia. ¡Porque soy pobre!

Teresa.—No digas eso, buenas pruebas de cariño te he dado y jamás, ni por pensamiento, he querido ofenderte creyendo que mi amor estaba supeditado a tu fortuna.

—Mario.—Es que no digo de tí, de tu padre.

Teresa.—Perdónalo. Porque tú rico o por bre, bueno o malo, para mí no significas más que el emblema del amor y de mi primera ilusión realizada. Sí Marío, tú no eres para mí más que Marío con todos los defectos y con todas las noblezas. Ese conjunto de sentimientos que armonizamos en uno solo, poniendo de

acuerdo nuestro cerebro y nuestro corazón, es lo que me hace ser feliz, pensando en los momentos deliciosos, cuándo nuestras vidas opuestas, socialmente, se unan en la perspectiva luminosa de un venturoso hogar.

Mario.—¡Me entusiasmas!

Teresa.—Y aunque mi padre se oponga, yo, consciente de mi amor, de nadie seré más que tuya.

Mario.—¡Mi vida!

Teresa.—Y creeme, Marío, que soy sincera.

Mario.—Yo también lo soy, por eso escucha mi pasado que se condensa en la eterna historia del luchador solitario que arrastrado por la humildad del nacimiento, por la bárbara separación de clases, hubiera rodado de pedrusco en pedrusco en esa cima tenebrosa del vicio, en esa vida inconsciente y esclava de explotados y ciegos, sino me hubiera detenido en mi infortunio el mirar de tus ojos como dos imanes llenos de luz y maravilla. Por tí, mi Teresa, adquirí la noción de mi sér, devoré mis sueños dulces y amargos y en mi aislamiento comprendí que yo para tu padre no era más que la polea imprescindible que da movimiento a su maquinaria, pero que, una vez descompuesta, se le cambia por otra. Si yo hubiese enfermado o hubiera caido ensangrentado en la banda gigantesca del dinamo, aho-

ra las galeras sepulcrales de un hospital estarían escuchando mis ayes lastimeros.

TERESA.—No seas ingrato.

MARIO.—Es verdad, perdóname.

TERESA.—¿Pues me decías antes?

MARIO.—¡Ah! sí, de mi pasado. Hijo como sabes de un portero, como despectivamente dice tu padre, pertenecí a la corte de los desheredados, de los que llevan el estigma de la miseria, como los criminales la flor de lis del verdugo. Y mi niñez se desarrolló entre los sombríos y sucios bodegones de la fábrica donde se agita un nuevo mundo esclavo del hambre y del frío deber. En la escuela, enviado a ratos por mi padre para que tuviera los conocimientos más rudimentarios de ilustración, fuí siempre castigado por mis compañeros, debido a mi ropa zurcida y confeccionada a domicilio, que era un contraste de sudario comparada con los trajes opulentos de mis condíscipulos, hijos de ricos. Y porque fuí pobre no saqué los primeros premios, y porque fuí pobre me sacaron del colegio. Transcurrió el tiempo y ya en los albores de mi conciencia despierta quise ser alguien, hubo en mi naturaleza un momento de rebeldía y al terminar mi trabajo, duro como el de la bestia, me dediqué al estudio con objeto de conseguir el título de ingeniero y regenerar entonces a mis

compañeros, los obreros, que uncidos a la yunta de su irritante pasividad, más parecían rebaños que hombres; y mostrarles el camino de la igualdad, no la inscrita por la burguesía en sus banderas que sólo sirve para esclavizar a los que trabajan, sino la inscrita en el tabernáculo de las leyes humanas: tierra, capital y trabajo para todos.

Teresa.—Eres el hombre que yo he soñado.

Mario.—Y ahora, cuando comenzaba a realizar mis ensueños, cuando ya daba por hecho la formación de un hogar azul que fuera lenitivo a mis desconsuelos y un alto en mis luchas, me encuentro con la realidad acerada de la vida que me dice brutalmente por labios de tu padre: eres hijo de un portero.

Teresa.— Perdónalo......

Mario.—Hijo de portero. ¿Y tengo yo la culpa de haber nacido del vientre de una sirvienta? ¿Es ésto una falta imperdurable que debe pasar de padres a hijos cómo la maldición bíblica? No; porque yo que he analizado la nueva sociedad conforme al miraje de una vida mejor, me siento más orgulloso de haber hecho mi propia personalidad a costa de esfuerzos y sacrificios y de haber sido de cuna humilde sin que me averguenze de mi rango, a ser un miserable enriquecido, explotador de pobres, que habiendo nacido en cuna hidalga

arrastra su carroña moral por los salones aristócratas de la sociedad. De esa sociedad egoísta que quita todo y no da nada, y a la cual los imbéciles le ofrendan las alas divinas del pensamiento y le sacrifican la sagrada voz del instinto.

Teresa.—Cálmate mi Marío, yo espero convencer a papá y dar tiempo al tiempo, ya que ahora nuestra verdadera fortaleza debe estribar en la esperanza.

Mario.—Pobre niña. Esperanza, esperar... esperar.....Bueno está eso para los que ya cerca de la muerte tienen el alma apagada y fría que dijo el poeta; pero para los que llevamos dentro de nosotros la impaciencia como un corcel aguijoneado por el acicate de la revancha, no podremos esperar jamás, porque esa palabra no se encuentra en nuestro método de lucha. Desde pequeño me dijeron espera, ten fe, y esperando y con fe, he sido siempre un vencido y ya no quiero serlo más.

Teresa.—Por mí....

Mario.—Sí, por tí, mi Teresa. Porque tú eres la mujer de mis ensueños, porque yo fuí con mi ánfora a recoger del manantial de tus palabras el consuelo y me lo diste. Porque me has reanimado con tus ojos hipnóticos en los momentos de mis vacilaciones. Porque yo he descansado en el regazo de tu pie-

dad como las abrazadas caravanas a la sombra de las palmeras desfallecientes. Porque tú, la buena, la de belleza serpentina y vibrante has sido la que regaste mi jardín de mandrágoras con el rocío vivificador de tu consuelo. Por tí esperaré, porque mi vida es perpetua esperanza. Porque me has sido fiel como la luna y como la luna melancólica que siempre espera para ungir con su beso las cabezas de los amantes para escribir en su antifonario las historias de nuevos y raros amores. Esperaré y así, de rodillas ante tí para que me estrujes como a las hojas arrancadas de los árboles que entonan sus sollozos al contacto de tus piés; como a las nieves de las cumbres, que aunque las pisaras siempre serían blancas como armiños que cubren nuestro amor. Nunca me olvides, porque en tí he puesto todas mis ansias, mis esperanzas y mis anhelos y por tí lucho y porque espero serás mi escudo, mi amuleto y triunfaré te lo aseguro.

Teresa.—Siempre así.

Mario.—Siempre. Y así como aquél poeta griego vió en los ojos de su ídolo el Universo, yo he visto en los tuyos mi gloria.

(*suena el teléfono*)

Mario.—¿Quién será? (*coge la bocina*) Bueno....sí....no está.....¿Qué pasa, algo grave?....

¿No ha habido motines?....o creo no dilatará en venir....¿y ya salió la comisión ¡Ah mí!.... acepto con gusto....adios.... el movimiento cunde rápidamente en los talleres y una comisión viene hacia acá, habiéndome nombrado el sindicato su representante para que lo patrocine ante tu padre.

TERESA.—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a buscarte más dificultades patrocinando a sus empleados?

MARIO.—Siempre estaré del lado del deber.

TERESA.—¿Y tus promesas? y ¿nuestro amor?

MARIO.—Serán las mismas.

TERESA.—Pero si hay huelga, papá será un enemigo tuyo, irreconciliable.

MARIO.—Con huelga o sin ella, tu padre es un enemigo mío irreconciliable, y tendré la ventaja que puesto del lado del deber, que son los míos, gozaré de gran voluptuosidad porque tu padre verá que ahora voy a contender con él de igual a igual. Si el tiene la fuerza del dinero, yo represento la fuerza del trabajo, y si vencemos, entonces me tendrá miedo y me dará tu mano, porque hay hombres que sólo se les vence con el estrépito del látigo,

TERESA.—Te olvidas que es mi padre.

MARIO.—Perdona.....pero hay momentos en que existe el derecho a sublevarse.

ESCENA VI.

Diçhos y Antonio.

Antonio.—¿Habéis concluído?

Teresa.—Si usted lo convenciera.

Antonio.—¿De qué?

Teresa.—De sus ideas extravagantes y locas. Figúrese que lo han nombrado para que encabece el movimiento de la fábrica.

Mario.—Lo que me causa gran honor.

Antonio.—Lo de siempre. La juventud que salta, brinca y se pierde en los caminos del desastre. La eterna creencia Marío, amigo mío, de poner nuestros ideales en otros cuando debemos guardarlos para nosotros mismos en un capelo delicadísimo. La humanidad desde un principio ha estado basada en la ruindad, en la envidia y en la vanidad. *¡Vanitas, vanitatum et omnia vánitas!* Todo lo que sigue es utopia. De Plutarco a Licurgo y de Licurgo a Robespierre, mira si camino de prisa, y de Robespierre a Bolivar y de Bolivar a Washington y de Washington a Hidalgo y de Hidalgo a Madero, todos han querido emancipar a la humanidad pregonando el tríptico de Libertad, Igualdad v Fraternidad; y hasta la fecha, esas

tres lapidadas musas siguen durmiendo en el mausoleo de la Historia, sin que haya una mano compasiva o una espada heroica que las resucite o las saque de su letargo.

MARIO.—Su pesimismo es lacerante.

ANTONIO.—Sí, desconsolador, lo confieso. Yo también soñé como tú, creí en los demás y fuí abandonado a mis propios esfuerzos y los mismos a quienes había levantado y defendido, fueron los primeros en meterme a las prisiones y en mis soledades, en la ergástula, contemplando la frialdad criminal de los hierros y las inscripciones obscenas de los presidarios, pensé como hombre libre, triste paradoja, y me propuse desde entonces sacar en lo sucesivo la Verdad como fruto de mis propias cavilaciones.

TERESA.—Por eso lo quiero a usted como segundo padre.

ANTONIO.—Gracias hija mía. La historia, esa gran mentira con nombres verdaderos que dijo un ironista, nos cuenta a veces, las batallas criminales a que se han entregado los hombres para buscar sus libertades; y lo que no ha visto la historia, o más bien dicho lo que no ha querido ver, es que la humanidad no ha tratado de destruir el dogma religiosa ni los credos políticos, sino que se ha con-

cretado a cambiar opresores por otros con la complicidad de nuevas palabras hinchadas.

MARIO.—Pero siempre se ha adelantado algo y esas perturbaciones la historia las saluda como el principio de futuros beneficios.

ANTONIO.—Es cierto; el hombre está más esclavizado que antes. Ayer eran los elementos de la naturaleza los que dominaron; después fueron las tribus, los clanes, los más fuertes o los más aptos; después vinieron el Imperio, la Monarquía y los Estados Generales. La Revolución Francesa derrocó esas instituciones y surgió entre himnos de sangre y libertad la República con sus presidentes, magistrados y leyes; pero ya sabemos que estas las hacen piadosamente los grandes para hacer menos dura su tiranía.

TERESA.—Es cierto.

MARIO.—¿Luego usted no cree en las revoluciones?

ANTONIO.—Sí, creo en ellas, porque yo me considero un eterno rebelde, un perpetuo inconforme y por eso aseguro que las revoluciones son el producto de la soberanía del pueblo que es el principio de la libertad fundada sobre la igualdad política, civil y religiosa y ratifico, que la soberanía del pueblo es el principio del órden que estriba en el respeto de los derechos de todos y de cada uno.

MARIO.—¿Entonces?

ANTONIO.—Pero mientras los hombres que conduzcan las revoluciones den malos ejemplos, aún cuando persigan espléndidos sistemas éstas tendrán por sola mira, el trocar a un tirano por muchos o sustituir una comunidad de dictadores en comandita, que ya han saciado algunas de sus codicias y de sus odios, por otra que los tiene todos por saciar.

MARIO.—¿Luego usted no cree en las evoluciones sociales por medio de la Revolución?

ANTONIO.—Creo en las evoluciones de la tripa mediante las revoluciones del estómago. Si Luis XVI hubiera convidado a cenar a Marat y a Dantón, la Revolución Francesa no se hubiera consumano. Con esta humanidad utilitaria que ha cambiado las vísceras, poniendo el estómago en el cerebro y el cerebro en el estómago, jamás se podrá hacer obra bella y desinteresada. ¡Oh, si la humanidad no tuviera vientre, otra cosa sería de ella!

MARIO.—Bien; usted cree que no debo mezclarme en el movimiento, y sospecha con su fina ironía que lo puedo hacer por ambición?

ANTONIO.—A tu edad esas cosas no se hacen por ambición, se hacen por convicción y tú en estos momentos, eres un convencido; pero sí te aconsejo que siendo tu finalidad sentimental el amor de Teresa, todo debes sacrifi-

cárselo, ya que al ponerte en manos de multitud inconsciente y a veces imbécil, vas a ser víctima de ella en su primer fracaso, pues cuando les dés afirmaciones razonándoselas te guillotinarán. Ten un gesto, solo, siempre solo, sin necesitar de ninguna persona. Acuérdate de aquel tipo de Germinal que siempre se andaba riendo de las vociferaciones de sus compañeros y que cuando lo creyó necesario, él solo inundó la mina.

MARIO.—Pero es imposible. Mis compañeros son muy buenos, he vivido con ellos largos años en la comunión del trabajo, somos camaradas y siempre me han distinguido con su afecto. Ellos son incapaces de una felonía.

ANTONIO.—No personalizo; pero ojalá que así sea. La fiera antes de herir mima, después enseña los dientes y cuando puede da el zarpazo.

TERESA.—¿Usted lo aconsejará?

ANTONIO.—Como otro padre.

ESCENA VII.

DICHOS Y REPORTERO.

REPORTERO—¿Con qué va a estallar una huelga?

TERESA.—¿Quién es este señor?

ANTONIO.—Algún intruso, caballero del sable o socio de la bellaquería.

MARIO.—¿A quién buscaba? ¿Quién es usted?

ANTONIO.—Te contestará: *Ego sum qui sum.*

REPORTERO.—¿Qué murmura ese caballero?

MARIO.—Cosas que usted no comprende; pero vuelvo a insistir ¿a quién busca?

REPORTERO.—A Don Joaquín.

MARIO.—¿Lo conoce?

REPORTERO..—No; pero es lo mismo.

MARIO.—Pues entonces ¿quién es usted?

(*el reportero le da una tarjeta*)

MARIO.—¡Ah! es usted el reportero de «La Piqueta».

ANTONIO.—Ahora comprendo.

REPORTERO.—¿Qué comprende usted?

ANTONIO.—Pues que es usted reportero. Así son muchos, toman la falta de educación como un gesto de audacia, y cuando hablan: ¡Magister dixit! lo dijo el periódico.

(*Teresa se retira a la ventana*)

MARIO.—No todos. La prensa es una institución noble, más benéfica y útil para la educación de los pueblos, que el Agora y la Tribuna de los griegos.

REPORTERO.—¡Chóquela! eso es expresarse.

ANTONIO.—Ciertamente: la prensa es la tribuna ensanchada y su misión es al-

tísima; pero la prensa dista mucho de ser como la prensa soñada por tí Marío. Hoy en día el criterio social y político del periódico, es el que marca el jefe del partido en el candelero; el criterio del cronista teatral, es el que marca la tiple sensual o el empresario desprendido; y el criterio financiero, es el que marca las propinas de los banqueros. La mayoría de nuestros escritores que guían al pueblo políticamente, no son más que instrumentos directos de ambiciones bastardas; por eso Bonafoux los llamó lacayos con libreas de periodistas.

Reportero.—Eso no lo dirá usted por nosotros.

Antonio.—¡Ca! lo digo por los otros.

Teresa.—¿Qué pasa? ¿No estará en peligro papá? Parece que ese ruido lo producen los obreros que vienen en su busca.

Mario.—Sí, han de ser ellos. Hace poco me avisaron por teléfono que vendrían.

Antonio.—He aquí otra escena de la vida que comienza; la lucha por el categórico imperativo.

ESCENA VIII.

Dichos y obreros

Obrero 1o.—¿Se puede entrar?

MARIO.—Adelante.

(*Los obreros le estrechan las manos con efusión*).

OBRERO 1o.—Ya sabrás el último acuerda de nuestro sindicato: te nombró su representante en Asamblea General.

MARIO.—Ya sabía tan honrosa distinción.

TERESA.—¿Y ustedes no le harán nada a papá, verdad?

OBRERO 2o,—Nada señorita. Si accede, como creemos que accederá por ser un acto justo, a nuestras peticiones, volveremos a nuestras labores, teniéndole gran reconocimiento, y sino lo hace, con no volver a sus talleres es suficiente.

ANTONIO.—La resolución de ustedes es muy justa, porque ¡hay qué vivir! Un estómago mal alimentado es un pésimo consejero y cuando se rebela hay que tenerle miedo, mucho miedo y a fe que con razón. La lucha social es la forma más dura y noble de la vida.

MARIO.—Sí, la lucha social es la forma más dura y bella de la vida, porque la lucha política es la forma de engañar a los ingenuos trocando amos nuevos por otros, estableciendo con mayor amplitud y refinamiento las cadenas de la tiranía, cubriendo el despotismo con una máscara menguada de libertad. Los pueblos, cansados están de haber sido enga-

ñados constantemente por falsos apóstoles que ofreciéndoles al principio la panacea maravillosa de la opulencia y tranquilidad, truécanse después en sus más irreconciliables enemigos, ya que cuando no han triunfado se dedican al pueblo y a la patria y cuando triunfan se dedican a satisfacer sus vicios. Por eso cayó Porfirio Díaz, por eso la Revolución derrocó a Victoriano Huerta.

OBREROS.—¡Bravo! ¡Bravo!

ANTONIO.—Has dicho patria, y nadie sabe lo que significa la patria sino hasta que la ha perdido. La patria viene a ser una parte de nuestro sér, de nuestra vida pasada, de nuestra existencia futura, de todo lo que despierta nuestra memoria, conmueve nuestra alma y excita nuestros sentidos. Es un santuario donde recibimos al nacer la bendición de nuestros padres; es una atmósfera donde respiramos el aire que respiraron nuestros heroes, sabios y mártires, cuya memoria nos entusiasma y enorgullece; es un territorio consagrado por las tradiciones nacionales, donde cada sitio, cada árbol, cada piedra, nos suscita un recuerdo, nos ofrece un ejemplo, nos señala un triunfo o nos revela un infortunio.

TERESA.—La patria es algo muy noble que está cimentado en las tradiciones y heroismos de nuestra raza.

ANTONIO.— Bellas palabras son por venir de unos labios rojos como guindas y de una alma blanca y piadosa como la tuya, Teresa; pero la patria muy pocas veces hace justicia a sus verdaderos hijos que han muerto sepultados por el odio o la envidia de sus contemporáneos.

MARIO.—Pero dejemos estas discusiones inoportunas y veamos qué es lo que debemos hacer para solventar este conflicto. ¿Traen compañeros, los pliegos debidamente autorizados por el sindicato?

OBRERO 1o.—Aquí están.

TERESA.—Ahí viene papá, acaba de tomar el elevador·

MARIO.—Va a comenzar la primera escaramuza.

ANTONIO.—Contemplemos otra escena de la vida.

REPORTERO.—Ya tengo un tema brillante y a siete columnas para la primera página. Esta huelga promete ser sonada y de seguro habrá sus escándalos. Tomemos datos.

ESCENA IX.

DICHOS Y JOAQUIN.

JOAQUIN.—¿Quien ha dado permiso a uste-

des para invadir sin mi consentimiento el despacho?

MARIO.—El sindicato.

ANTONIO.—La mecha comienza a arder.

TERESA.—Ten prudencia Mario, por Dios y por mí.

MARIO.—La tendré hasta el fin.

JOAQUIN.—Veamos: ¿de qué se trata?

OBRERO 1o.—El compañero Mario le dirá a usted, pues es el que ha sido nombrado por nuestro sindicato a efecto de que nos represente en este conflicto que ha estallado en la fábrica «La Vencedora» y de la cual es usted accionista y gerente.

JOAQUIN.—Sus condiciones

MARIO.—Aquí las tiene usted.

REPORTERO.—Espero una copia de tales peticiones.

MARIO.—La comisión de prensa del sindicato las ha enviado a todos los periódicos.

REPORTERO.—Lástima, porque es una nota que ya me han ganado.

JOAQUIN.—Esto es absurdo. Las condiciones son inadmisibles; la situación actual que ha arruinado al trabajador, nos ha arruinado también a los capitalistas.

OBRERO 2o.—Pero es que usted, aún cuando aruinado, siempre tiene la comida lista en su

casa, mientras que nosotros hace días que nos estamos alimentando con yerbas.

ANTONIO.—He ahí la filosofía cruda de los intuitivos y necesitados.

TERESA.—Pobres ¡ayúdalos! yo te daré mis domingos para que les aumentes el sueldo.

MARIO.—¡Cuánta ingenuidad!

REPORTERO.—Prometo que «La Piqueta» abrirá una subscripción para ustedes.

JOAQUIN.—Soy capaz de concederte la mano de Teresa si me salvas de esta aflictiva situación que pone en peligro el capital de la compañía. *(esto lo dice aparte).*

MARIO.—Eso jamás. Nunca consentiré llevar a mi hogar una esposa por medio de la traición y la felonía.

JOAQUIN.—Entonces guerra a muerte.

MARIO.—Sin cuartel

JOAQUIN.—Mi contestación al sindicato es la siguiente: todos a la calle y destituyo por indigno a vuestro jefe inmediato Mario Ortega.

ANTONIO.—No te excites. Mira que va en ello la tranquilidad de tu hija.

REPORTERO.—Con estos apuntes voy a escribir a la redacción. Soberbio tema para mi crónica.

ESCENA ULTIMA.

DIÇHOS, MENOS REPORTERO.

TERESA.—Mira Mario, por nuestro amor, esto nos separará mas. ¿No ves mis lágrimas?....ten compasión de mí

MARIO.—Pobre amor mío, voy a sacrificarte por mi deber.

JOAQUIN—Con que ya lo habéis oído: todos fuera de aquí.

OBRERO 1o.—Eso es indigno, nos trata peor que a perros; pero nos vengaremos.

JOAQUIN.—Y tú Mario, canalla y mal agradecido, al fin hijo de un portero, ya sabrás quien soy yo, pues mi odio te ha de perseguir hasta en la bartolina donde te encierren.

MARIO.—No me importa; el albur está jugado. Usted rico, yo pobre. Usted representante del Capital, yo representante del Trabajo. Usted el opresor, yo el oprimido. Usted esclavo de todos los prejuicios sociales, yo libre ahora, con la majestad del emancipado. La lucha es fiera y en ella sacrifico lo más sagrado para mi; el amor de su hija.

JOAQUIN.—¡Miserable!

MARIO.—-Sí, Teresa, aunque usted se irrite.

Ella ha sido y será mi único amor; pero por encima de este amor, por encima de sus ruines halagos y de sus corrompidas promesas, está mi deber que se encuentra apoyado por la férrea voluntad del rebelde que no claudica ni se vende, ¡oígalo usted bien! ni por un mendrugo, ni por el amor de sus amores. Mi dignidad se encuentra muy alto y jamás permitiré que labios procaces como los suyos, traten de comprar mi conciencia como a un periodista, un político o una ramera.

Obrero.—¡Bravo!

Antonio.—Es admirable este muchacho, lástima que a la larga sea el vencido.

Joaquin.—Fuera de mi casa he dicho.

Teresa.—Padre, por piedad.

Joaquin.—Quita de aquí.....

Mario.—A las fieras no se les pide piedad, se les ataca. Indigno sería de tí si yo traicionase a los míos por tu amor, entonces me despreciarías. Piensa en tu Mario Teresa, y recuerda que tu nombre será la flama sagrada del entusiasmo que siempre se agitará dentro de mí. Y a usted Don Joaquín, señor Joaquín, ya no le habla el hijo de un portero, ahora le habla un igual o un superior a usted. Por ahora hemos triunfado. Dentro de pocos momentos el monstruo habrá descansado y las pérdidas se-

rán inmensas para la compañía. Hasta luego, nos veremos cuando nos llamen.

JOAQUIN.—Eso jamás.

TERESA.—Mario, no te vayas, escucha a papá.

JOAQUIN.—No te manches con semejante canalla.

MARIO.—Ella me hará triunfar con su cariño.

JOAQUIN.—Largo de aquí, desarrapados.

OBRERO 2o.—¡Uy qué miedo!

MARIO.—Adios Don Antonio y ya verá usted como triunfa mi juventud sobre su escepticismo.

ANTONIO.—Ojalá así suceda; por ahora la vida te ha convertido en un loco sublime que va estrellarse contra los arrecifes silenciosos de las instituciones humanas.

MARIO.—Lo veremos.

ANTONIO.—No olvides mi consejo: es preferible un gesto aislado a un gesto tartarinesco o trágico de la multitud.

TERESA.—Adios para siempre.

MARIO.—Adios, mi amor.

JOAQUIN.—Alimente usted a miserables.

MARIO.—Miserables no; porque si usted me ayudó, yo en cambio levanté su fábrica y cuidé que no le robaran. Si usted me dispensó su confianza, no fué con desinterés, sino con

el egoísmo de sacar mayor ventaja de mí. Usted me explotó y yo cansado, no arrastro por más tiempo la gratitud como cadena del esclavo.

JOAQUIN.—Insolente. Se largan o los mando arrojar con la policía.

MARIO.—No se moleste usted, ya nos vamos, pero conste que por ahora no vencidos sino vencedores.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

SEGUNDO ACTO.

Decoraeión de calle, representando una casa. Hay una puerta y arriba de ella un letrero que diga: Sindicato de Tejedores.

ESCENA I.

MARIO.

MARIO.—Esto va muy mal, la inconciencia y el amor propio de unos compañeros se ha apoderado de todos y quieren llegar al sabotaje y a las medidas extremas, sin tener la fuerza necesaria ni el fondo suficiente de resistencia para alimentar a sus familias mientras dure la huelga.

ESCENA II.

DICHO Y ANTONIO.

ANTONIO.—Venía en tu busca.

MARIO.—Muchas gracias ¿Y qué sabe usted de Teresa?

ANTONIO.—Siempre fiel a tu recuerdo y siguiendo todos tus pasos. ¡Si vieras los disgustos qué por tu causa tiene con su padre!

MARIO.—¡Oh! mi amor. Si contemplaras mis amarguras.

ANTONIO.—Pues qué te pasa ¿comienzas a desfallecer?

MARIO.—Sí; el aguijón del escepticismo ha comenzado a punzar mi corazón. Y aquí que nadie nos oye, los dos solos, porque ya desconfío hasta de mi sombra, se lo diré a usted todo, sinceramente, para que apure hasta el fondo la hiel de mi desdicha.

ANTONIO.—¿Tan grave es ahora tu mal?

MARIO.— No puede ser mayor; he sacrificado por ellos, los que discuten ahora acaloradamente cuestiones personales que no interesan a la colectividad, mi vida misma, ya que ella estaba encarnada en el amor de mi Teresa.

ANTONIO.—¡Pobre Mario! ¡Pobre juventud que se desgaja!

MARIO.—Sí, pobre de mí. Yo creí y tuve fe. Ví solamente el lado bueno de los míos y no profundicé en sus lacras morales que son las más. Soy un lírico que comienza a transformarse en trágico.

ANTONIO.—Siempre te lo dije: mientras las multitudes, o los hombres que las integran no

sean ilustrados, o cuando menos sepan leer y escribir, la ignorancia será siempre su verdadero tirano que, desigualando irremediablemente a los hombres, impide el triunfo de la libertad y los entrega inermes a todos los males del espíritu y del cuerpo.

Mario.—Me han llamado traidor, porque les he dicho que sino son fuertes que transijan con el Capital; que sino tienen la entereza suficiente para aguantar las persecusiones policiacas, que se eviten los escándalos y motines. Y yo, al decir esta verdad, no sólo sacrificaba mi prestigio de lider, sino mi amor propio con el padre de Teresa.

Antonio.—Lo de siempre: mientras quieras raciocinar o analizar tus ideas ante las muchedumbres, éstas no tendrán el entusiasmo colectivo, materia prima para todos los acontecimientos jubilosos o dramáticos de la historia. Dales sopas de letras, a carretonadas y libros, muchos libros que estos han sido la palanca primordial que ha guiado los impulsos heróicos y viles de los hombres. Contra los bibros malos, se alzan obeliscos gloriosos de li lros buenos.

Mario.—Les he dicho, que muchos del sindicato han ido a mendigar nuevamente el empleo, traicionando sus promesas y juramentos de adhesión.

ANTONIO.—Me consta.

MARIO.—Les he dicho, que muchos al verse sin trabajo, claudicantes, han ido en contra de sus ideales a engrosar los batallones.

ANTONIO.—Otra verdad.

MARIO.—Les he dicho, que muchos de ellos que predicaban el anarquismo y el sindicalismo con furia de poseídos, son ahora policías de la reservada que sabiendo nuestros asuntos se han mezclado capciosamente en el sindicato para enterarse del movimiento.

ANTONIO.—Sigues hablando como una página del libro doloroso.

MARIO.—Y les he dicho que muchos, en lugar de asistir, puntualmente, a las sesiones con entusiasmo y fe, se van a una taberna clandestina a emborracharse y a malgastar en vicios el poco dinero que les dan por prendas íntimas, agiotistas sin conciencia.

ANNONIO.—¡Grandes verdades!

MARIO.—Pero lo que más me llega al alma, es contemplar a los hijos de los huelgistas que acuden a mí en demanda de pan, porque su hogar está frío y dasolado. Y los pequeños, sucios, con sus carnecitas fofas y los ojos muy abiertos, ojos acuosos, como los de los peces, fruncen el entrecejo con esa indomable energía del que protesta contra la vida desde pequeño.

Antonio.—¡Por qué los niños se harán hombres?

Mario.—Y veo en doloroso calvario a las mujeres de los huelguistas que acuden a diario al sindicato, reclamándole el sueldo de sus esposos, creyendo ellas que la agrupación debe hacer las veces del amo en lo que se refiere a los salarios, Y al ver que el sindicato no les da un centavo, salen de sus sesiones furiosas, llamándose a engaño y acuden a mí para que les dé, no el salario de los compañeros, sino una limosna convertida en mendrugo.

Antonio.—Un fracaso.

Mario—Comienza a serlo y no me hago ya ilusiones.

Antonio.—Veo que sufres una nueva transformación. La realidad de la vida con sus egoismos crueles se ha incrustado en tí y principia a formarte una nueva personalidad Del país del colectivismo asciendes lentamente a las regiones excelsas del individualismo. Lo importante es el individuo, y el más interesante es aquél que ofrece una rareza exquisita en su alma y tú Mario, tienes la rareza de la juventud: eres piadoso.

(*Se escuchan gritos y aplausos dentro del sindicato*).

Mario.—¡Dichosos! Creen todavía y continúan posesionados de su papel de vencedores.

ANTONIO.—¡Déjalos! por ahora siguen desempeñando su papel de comediantes, la vuelta a la realidad los enloquecería y aquél que tratase de arrancarles la venda sería su primera víctima propiciatoria.

ESCENA III.

——

DICHOS Y UN AGENTE DE LA RESERVADA.

—

(*Mario se esconde tras un bastidor*)

AGENTE.—Buenas noches. ¿No sabe donde está el Sindicato de Tejedores?

ANTONIO.—Ahí lo tiene usted.

AGENTE.—Muchas gracias. Traigo la orden de aprehensión en contra de un tal Mario Ortega, agitador peligroso que anda con sus discursos buscándole dificultades al gobierno y a la sociedad. ¿No sabe usted donde se encuentra para aprehenderlo?

ANTONIO:—No le conozco y si le conociera no sería tan infame de denunciarlo.

AGENTE.—Habla usted con un policía de la reservada.

ANTONIO.—Y usted habla con un hombre honrado.

ESCENA IV.

Obreros y Antonio

Obrero 1o.—Parece que ha entrado uno de la secreta.

Obrero 2o.—Sí hombre; vámonos no sea que nos vaya aprehender.

Antonio.—El rebaño se ha asustado.

Obrero 1o.—Nos veremos mañana a la hora de sesión.

Obrero 2o.—No dejes de venir. Hay que estar puntuales.

ESCENA V.

Antonio y Mario

Mario.—Lo ve usted, pues es a diario. Cuando un compañero ha pronunciado en la tribuna roja un discurso candente en contra de todas las instituciones sociales y se sabe que hay uno de la reservada en el salón, como por encanto todos huyen, se esconden, y al iluso que los ha arengado para convencerlos o divertirlos un momento, va a dar con sus huesos apostólicos a una bartolina sin que nadie

Antonio.—¡Déjalos! por ahora siguen desempeñando su papel de comediantes, la vuelta a la realidad los enloquecería y aquél que tratase de arrancarles la venda sería su primera víctima propiciatoria.

ESCENA III.

—————

Dichos y un Agente de la Reservada.

—

(*Mario se esconde tras un bastidor*)

Agente.—Buenas noches. ¿No sabe donde está el Sindicato de Tejedores?

Antonio.—Ahí lo tiene usted.

Agente.—Muchas gracias. Traigo la orden de aprehensión en contra de un tal Mario Ortega, agitador peligroso que anda con sus discursos buscándole dificultades al gobierno y a la sociedad. ¿No sabe usted donde se encuentra para aprehenderlo?

Antonio.—No le conozco y si le conociera no sería tan infame de denunciarlo.

Agente.—Habla usted con un policía de la reservada.

Antonio.—Y usted habla con un hombre honrado.

ESCENA IV.

OBREROS Y ANTONIO

OBRERO 1o.—Parece que ha entrado uno de la secreta.

OBRERO 2o.—Sí hombre; vámonos no sea que nos vaya aprehender.

ANTONIO.—El rebaño se ha asustado.

OBRERO 1o.—Nos veremos mañana a la hora de sesión.

OBRERO 2o.—No dejes de venir. Hay que estar puntuales.

ESCENA V.

ANTONIO Y MARIO

MARIO.—Lo ve usted, pues es a diario. Cuando un compañero ha pronunciado en la tribuna roja un discurso candente en contra de todas las instituciones sociales y se sabe que hay uno de la reservada en el salón, como por encanto todos huyen, se esconden, y al iluso que los ha arengado para convencerlos o divertirlos un momento, va a dar con sus huesos apostólicos a una bartelina sin que nadie

vea por él. Y entretanto, un agente de la reservada que yo conocí desde mi escondite, resulta ser un viejo socialista, amigo mío.

ANTONIO.—Vete convenciendo. Lo que no hagas por tu propio esfuerzo será nulo. La energía de un intelecto consiste en la sabia adaptación al medio y ya que no puedes convencer a los ignorantes ¡pobres de ellos! debes amoldarte al ambiente en que vives encerrándote dentro de tí mismo como aquel poeta en su torre de marfil.

MARIO.—Ahora comienzo a ver y a analizar con claridad la vida. La sociedad se funda en la ley, y la ley es injusticia y discordia; en la propiedad, y la propiedad es injusticia y concusión; en la religión y, la religión no es más que mentira; en la fuerza, y la fuerza sólo es tiranía.

ANTONIO.—Hás hablado de religión y yo admiro a todos los sinceros que creen en un dogma, cualquiera que éste sea. Dentro de mi amplio credo individualista, cabe mi tolerancia tanto para los protestantes, como para los católicos o para aquellos que creen en la eficacia de Buda, Confucio o Mahoma. La religión es una necesidad dimanada de nuestra ignorancia y mientras la humanidad no se emancipe por medio de la ciencia, siempre será creyente. Lo que vitupero y critico, son

a los mercaderes que ejercen un comercio con la credulidad de los bobos dándoles billetes de lotería para el cielo. Y por ello, cuando escucho a los jacobinos furiosos, me río, porque ellos á su vez, se convierten en fanáticos furiosos de otra religión cualquiera que ésta sea.

Mario.—Yo fuí un fanático de la libertad colectiva, de la religión nueva, y comienzo á ver, pavorosamente, que todo era mentira.

Antonio.—La libertad no existe más que en el reino de los sueños; pero muy bien, en lo futuro tendrás el derecho egoísta de hacer lo que quieras para tí y tendrás siempre la razón. No hay bueno ni malo, sino convenga o no convenga. Y ahora convencido ¿qué remedio te queda? ¿Esperar en tus compañeros?

Mario.—Ya no. . . . .Porque los ignorantes nunca comprenderán esas doctrinas. A ellos, los fatigados del cuerpo y los descansados del cerebro, sólo les toca por ahora escuchar discursos sobre el trabajo y el ahorro y mientras ésto no lo comprendan, nunca darles el pan misericordioso de las grandes reivindicaciones, porque caerán axfixiados por el peso de su propia estulticia.

Antonio.—Obra en lo sucesivo por tu cuenta propia y sé el único responsable de tus propios actos y así como hay carne de cañon, sábete que hay también carne de imbéciles.

MARIO.—Obraré por cuenta propia.

ANTONIO.—Ya no serás el fanático por la muchedumbre sino el fanático de tí mismo. Tén tu gesto,

MARIO.—Lo tendré.

ANTONIO.—Parece que la sesión ha terminado. Retirémonos.

(*Comienzan a salir obreros. Mario y Antonio se escudan tras los bastidores para escuchar la siguiente escena*).

ESCENA VI.

—————

DICHOS, OBREROS, JOSE Y AGENTE.

———

JOSE.—¡Ya me lo esperaba! El tal Mario tenía que vendernos. Sus consejos burgueses y tímidos han desarmado a muchos de los compañeros. Tenemos que llegar hasta el final.

OBRERO 1o.—¡Pero sino hemos comido!

JOSE.—Y eso que importa. El ideal es el ideal. Hay que acabar con todos los burgueses, con el clero, con los militares, con el capital, aunque quedemos todos muertos en las barricadas de la revolución social.

OBRERO 1o.—Muy bien dicho.

JOSE.—Porque si no, ¿por qué somos fuertes? Tú Manuel construiste esta casa, pues debe ser tuya. Tú Pedro, ayudaste a instalar la

maquinaria de la fábrica, pues debes ser su dueño. El trabajo de ustedes lo roba el patrón y ¿quién es el patrón? el zángano más desvergonzado del orbe. Porque no trabaja, ni lucha, sino que siempre anda en automóviles, con mujeres, dilapilando el dinero que nosotros estúpidamente le regalamos.

Obrero 2o.—¡Caramba! yo no sabía que era propietario.

Obrero 2o.—¡Viva José! éste si sabe hablar.

Antonio.—Ves como éstos son los que triunfan, halagan sus pasiones, los acarician, los engañan, no les dan razones, sino que les prometen riquezas y ellos siempre estarán con él, serán sus esclavos y no habrán hecho más que cambiar de amo, y serán tan serviles como lo son con los capataces.

Mario.—¡Qué tristeza!

Jose.—Y Mario, ese barbilindo burguesillo que se nos ha colado en nuestro seno por sorpresa y que os dice que no continuié en la huelga y que respetéis la fábrica. ¡Vaya un desahogado! en Barcelona a tal sujeto ya se le hubiera apuñaleado, porque es un esquirol, un rompehuelgas. Pero vosotros debéis hacer un escarmiento y mañana hay que acabar con todos, lo oís bien, con todos, para que las baldosas de la vía pública se rieguen con vuestra

sangre redentora y no quede ni el rabo de un cura sobre el mundo.

Mario.—¡Miserable!

Antonio.—Detente. No es para tanto. Estos son los más cobardes que, a la hora de los conflictos, se acojen en la bandera de su consulado para salvar responsabilidades y el pellejo, y cuando logran su objeto, llenan de oro sus alforjas y se convierten, entonces, en hombres de orden.

Obrero 1o.—Dicen que hay faldas de por medio.

Obrero 2o.—Alguna mujer, la hija del patrón Joaquín. Esa es quien con sus mimos y halagos y. . . .hasta algo más, nos lo ha corrompido.

Mario.—Déjeme romperle la boca a ese canalla. El nombre de mi Teresa no debe ser prostituido por labios de gañan.

Antonio.—No te exaltes.

Jose.—Eso es muy cierto. No se podía esperar otra cosa de él. No veis que anda bien vestido, y se cambia camisa, tres veces por semana, ¡qué se puede esperar de semejante tío! Todos tenemos que ser iguales o dejamos de ser quienes somos: anarquistas. ¡Viva la nitroglicerina!

Mario.—¡Imbéciles!

ANTONIO.—¿No usabas tu también de esa pirotecnia revolucionaria?

MARIO.—Sí.

ANTONIO.—¿Pues de qué te extrañas entonces?

JOSE.—Con que ya lo sabéis. El cerrillo es el precursor de la dinamita y nosotros, los ácratas, debemos hacer cuerdas de violín con tripas de burgueses y mañana a luchar contra todo lo constituido. Compañeros: cada quien en su puesto, como dice Krompotkne y ¡salud y revolución social!

AGENTE.—No lo encuentro, en fin mañana vendré otra vez.

(al salir los obreros se espantan y se despiden violentamente).

JOSE.—A que éste viene por mí. Yo por las dudas me voy.

OBRERO 1o.—¿Pero que le pasó al catalán? ni siquiera se despidió de nosotros.

OBRERO 2o.—No ves que acaba de salir el de la reservada.

OBRERO 1o.—¿Pues donde están sus bríos.

OBRERO 2o.—Si quieres que te hable claro, yo ya me cansé de esta farsa. Mi mujer me regaña todas las noches porque no llevo mi raya y los chamacos me piden pan. Esto no puede seguir así y no continuaré siendo tan tonto

de hacer caso a los consejos de ese anarquista qué ¡quién sabe qué pájaro de cuenta habrá sido en su país! y nada más nos está tomando el pelo. Porque días van y días vienen y yo no le veo el final al asunto.

Obrero 1o.—Tal vez el compañero Mario tenía razón.

Obrero 2o.—Hemos sido unos injustos.

ESCENA VII.

—

Antonio y Mario

—

Mario.—En el fondo hay muchos compañeros que son honrados y por intuición comprenden el mal que esos mangoneadores de multitudes les están haciendo.

Antonio.—Ratifico mi sentencia: la ignorancia es la peor de las tiranías.

Mario.—Y yo qué muchas veces he pronunciado esas palabras.

Antonio.—Que te sirva de lección este momento tuyo de clarividencia. No ves que estos agitadores están enfermos con las lecturas de la Biblioteca Roja y de la colección Sempere. Nunca tiene la curiosidad de comprender sus doctrinas, sino que se aprenden de memoria, como fonógrafos, varios párrafos y después

los arrojan en la tribuna, sin haber digerido nada de su credo social.

MARIO.—¡Qué definiciones sobre la igualdad!.

ANTONIO.—Querer medir a todos con el mismo rasero. Vaya un sarcasmo sangriento, como si tuviesen todos la misma inteligencia, la misma salud, vigor. alegría, edad y estatura.

MARIO.—¡Ay! Don Antonio, si viera usted como sufro.

ANTONIO.—Lo comprendo. La lucha por la existencia es fatal ¿No ves en Europa las naciones, cómo se matan y asesinan por fútiles pretextos y defienden a monarcas que jamás han conocido, ni siquiera en los fantásticos desfiles de los días nacionales? Es que la humanidad es mala, trata de destruirse, de aniquilarse, y mientras llega al cielo el negro humo del incendio y la devastación y se arrasan los campos y se queman las aldeas de los pueblos vencidos, no aparece a los feroces combatientes la figura llena de dulzura y magestad del Cristo suave y pacífico que les recuerde con amargura infinita, mientras ellos se confunden en inmundo revoltijo sangriento, las hermosas palabras «de amaos los unos a los otros».

MARIO.—Deja usted por un momento la severidad filosófica y poetiza hermosamente.

ANTONIO.—Es que a veces me conmuevo; todas estas luchas sociales del Capital y del Trabajo, de los obreros y patronos, se podrían evitar, siguiendo esa magnífica sentencia. ¡Ya verías, entonces, si vegetarían esos agitadores vulgares que los lanzan al crimen y a la injusticia!

MARIO—Predican el amor y ejercen el odio como profesión.

ANTONIO.—Abominable paradoja.

MARIO.—Ya tengo tomada mi resolución; sus consejos me han fortalecido. Los compañeros, incapaces de hacer nada útil, necesitan de un gesto y ése lo tendré yo.

ANTONIO.—¿Qué dices?

MARIO.—Que tendré un gesto, retirándome de la vida. . . .pública a la privada.

ANTONIO.—No comprendo tus ideas.

MARIO.—Ya que usted ha dicho que antes de hacer una revolución social, es necesario efectuar una revolución moral y como para ésto se necesita que pasen varias generaciones, voy en lo futuro, a obrar por mi cuenta. Sólo le pido que consuele a mi Teresa. Dígale que la amo con frenesí, que fué mi último pensamiento y que si obré como. . . .he obrado, ha sido por mi destino.

ANTONIO.—No seas fatalista, eres joven, y todavía tendrás épocas de triunfo.

Mario.—Porque soy joven quiero tener un gesto, a los viejos no les queda más que el gesto de la muerte.

Antonio.—¿Pero qué piensas hacer?

Mario.—Ya se lo dije a usted, seguir sus consejos y tener un gesto.

Antonio. Que no sea ridículo, porque se transformará en mueca.

(Telón.)

CUADRO SEGUNDO.

Frente de la fábrica «La Vencedora», con gran puerta en el fondo y jardín al frente.

ESCENA I.

Joaquin y Manuel.

Manuel.—Parece que el conflicto se ha conjurado. Ya en las listas figuran la mayoría de los obreros que volverán a reanudar mañana su trabajo.

Joaquin.—Tenía que suceder. Las huelgas son producto, es cierto de las necesidades de los obreros; pero a nosotros nos conviene tergiversar los razonamientos y las causas de

ellas, aunque tengan razón los operarios, para poder hacer el papel de víctimas y ganarnos la piedad y conmiseración de los gobiernos.

MANUEL.—Pero lo interesante para nuestro coleto, es que el trabajo continúe.

JOAQUIN.—Yo adiviné su fracaso desde el principio. Los gobiernos, en cualquier país, tienen que hacer causa común con los fuertes y los fuertes somos los representantes del Capital, que formamos los intereses creados de toda una Nación.

MANUEL.—Yo también pienso como usted. ¡Lástima que no tenga palabras con que expresarme!

JOAQUIN.—En medio de mi egoismo no dejo de comprender que es necesario dar algo, no todo, eso sería absurdo; pero si alucinarlos mediante una alza irrisoria de salario, la cual ya trataré de desquitar imponiéndoles mayores responsabilidades.

MANUEL.—¿Por eso me aumentó usted el sueldo en esta quincena?

JOAQUIN.—Tú no entras con ellos. Tus servicios los puede desempeñar cualquiera mediante una poca de práctica y, además, no eres peligroso.

MANUEL.—Soy educado.

JOAQUIN.—Por eso te he colocado en mi casa.

MANUEL.—Muchas gracias. Lo que siento es que Mario tan amigo, tan útil empleado tan. . .

JOAQUIN.—El tuvo la culpa. Quiso enamorar a mi hija con miras bastardas para apoderarse de mi fortuna, y con el pretexto de la huelga lo he eliminado de mi casa para siempre. Lo que siento es que mi hija, cada vez está más triste; pero ya saldrá de su romanticismo ridículo mediante un viaje que tengo proyectado hacer por el extranjero.

MANUEL.—Es lo mejor. Pero se nos hace tarde, y tenememos cita a las siete con el cambista para negociar unas acciones de petroleo,

JOAQUIN.—No me acordaba. Vámonos.

ESCENA II.

———

FRANCISCO Y OBRERO 1o.

—

FRANÇISCO.—Vaya, vaya con el famoso sindicato.

OBRERO 1o.—Dos días estuve sin comer.

FRNACISCO.—Allá ustedes, por tontos

OBRERO 1o.—No; es que las ideas, como dice el compañero Mario, son muy buenas.

FRANCISÒO.—Déjate de pamplinas. Mira: mientras el mundo sea mundo habrá pobres y

ricos y los pobres estaremos sujetos a lo que los patronos quieran.

OBRERO 1o.—Eso no. . .

FRANÇISÇO.—Vuelves a las andadas.

OBRERO 1o.—Yo no me meto en nada.

FRANÇISCO.—Pues cuidado, porque se lo aviso al Jefe; anda, acompañáme a cerrar las bodegas. Toma el farol.

OBRERO.—Otra vez esclavo.

ESCENA I I I.

MARIO.

MARIO.—*(oculta un objeto debajo del saco y trata de no ser visto)*, Estoy decidido. Va a surgir mi gesto no sé si criminal o heroico. En estos momentos me encuentro poseído de una obsesión que me taladra el cerebro. Dentro de pocos minutos la fábrica habrá volado y con ella mi eterno enemigo, representante de esta sociedad egoista y criminal. Perecerá el causante de mi infortunio y castigaré a los cobardes, que claudicando de sus ideales y de sus juramentos, mañana vendrán a trabajar, más humillados, más vencidos; pero con el estómago satisfecho, único gesto de que son capaces. ¿Y Teresa cómo me juzgará? ¿Me tendrá odio después de esta acción que no sé

todavía como llamarla? ¿Me aborrecerá por haber matado a su padre, envuelto en la humareda densa de la catástrofe? Tal vez sí. . . Tal vez no. . . ¡Me ama y sufre tanto por mi! Pero comienzo a dudar y a razonar y razonando detendré mi ímpetu pasional y puedo arrepentirme. No; no me arrepentiré. . . .caiga el que cayere, mi destino ha tocado a su fin. Entremos.

Penetra con cautela a la Fábrica y después de pasado un momento, regresa a la escena con visibles muestras de inquietud. Ya está hecho, dentro de pocos momentos todo habrá concluído.

ESCENA IV.

TERESA.

(*TERESA entra a la fábrica silenciosamente*).

ESCENA V.

MARIO.

MARIO.—¿Será cierto lo que han visto mis ojos o mi conciencia? ¿Será Teresa la que acaba de traspasar los umbrales de la fábrica? ¡Oh! Dios mío no permitas que cometa se-

mejante crimen. No soy un filósofo asesino sino un miserable criminal que va a segar en plena vida al amor de sus amores. Pero hay que tomar una resolución. Retiraré la bomba, sí, eso es, démonos prisa.

ESCENA VI.

Dicho y Francisco.

Mario.—¡Dejadme pasar que ella puede morir!

Francisco.—¿Pero quién es ella?

Mario.—Dejadme pasar por compasión, porque dentro de pocos minutos será ya tarde.

Francisco.—No comprendo.

Mario.—*(forcejea con él)*. Déjame pasar o yo no sé lo que va a ser de mí. Soy capaz de matarte, porque la otra vida, vale más que la tuya. ¿Me dejas o no me dejas?

Francisco.—Está usted borracho.

Mario.—Te mato.

Francisco.—!Socorro! ¡Socorro!

Mario.—Tú lo has querido. *(Mientras le aprieta el cuello, se escucha el estrépito de a bomba. Se obscurece la escena, y hecha la luz se contemplan las ruinas de la fábrica y se escuchan gritos de heridos. Mario abandona el cuerpo de Francisco y corre a esconderse*

a los bastidores, desde donde observa los acontecimientos).

ESCENA VII.

GENDARMES.

GENDARME 1o.—¡Qué desgracia! Algún descuido del electricista.

GENDARME. 2o.—Tal vez un corto circuito.

GENDARME 3o.—Esto me huele a crimen; pero ya viene la imaginaria de mi demarcación.

ESCENA VIII.

DICHOS Y COMISARIO.

COMISARIO.—Hay que aprehender a todos los que se encuentren dentro de la fábrica, y vigilar las salidas para que no se escape nadie. Retirar ese cadaver.

ESCENA IX.

DICHOS, JOAQUIN Y ANTONIO.

JOAQUIN.—¡Qué desgracia! Me he quedado en la miseria. ¿Pero quien ha sidoel causan-

mejante crimen. No soy un filósofo asesino sino un miserable criminal que va a segar en plena vida al amor de sus amores. Pero hay que tomar una resolución. Retiraré la bomba, sí, eso es, démonos prisa.

ESCENA VI.

———

DICHO Y FRANCISCO.

——

MARIO.—¡Dejadme pasar que ella puede morir!

FRANCISCO.—¿Pero quién es ella?

MARIO.—Dejadme pasar por compasión, porque dentro de pocos minutos será ya tarde.

FRANCISCO.—No comprendo.

MARIO.—*(forcejea con él)*. Déjame pasar o yo no sé lo que va a ser de mí. Soy capaz de matarte, porque la otra vida, vale más que la tuya. ¿Me dejas o no me dejas?

FRANCISCO.—Está usted borracho.

MARIO.—Te mato.

FRANCISCO.—!Socorro! ¡Socorro!

MARIO.—Tú lo has querido. *(Mientras le aprieta el cuello, se escucha el estrépito de a bomba. Se obscurece la escena, y hecha la luz se contemplan las ruinas de la fábrica y se escuchan gritos de heridos. Mario abandona el cuerpo de Francisco y corre a esconderse*

a los bastidores, desde donde observa los acontecimientos).

ESCENA VII.

GENDARMES.

GENDARME 1o.—¡Qué desgracia! Algún descuido del electricista.

GENDARME. 2o.—Tal vez un corto circuito.

GENDARME 3o.—Esto me huele a crimen; pero ya viene la imaginaria de mi demarcación.

ESCENA VIII.

DICHOS Y COMISARIO.

COMISARIO.—Hay que aprehender a todos los que se encuentren dentro de la fábrica, y vigilar las salidas para que no se escape nadie. Retirar ese cadaver.

ESCENA IX.

DICHOS, JOAQUIN Y ANTONIO.

JOAQUIN.—¡Qué desgracia! Me he quedado en la miseria. ¿Pero quien ha sidoel causan-

te de este atentado? Respondedme. Y mi hija que ofreció venir a verme ¿estará aquí? ¡Qué duda! ¡Esto es horrible! Vamos a buscarla. *(Sale el comisario y una camilla que conduce el cadaver de Teresa).*

ESCENA ULTIMA.

DICHOS Y MARIO.

(Mario desde el bastidor contempla la camilla con inquietud).

ANTONIO.—He ahí la única víctima del desastre. Así es la vida, siempre salva a los culpables y condena a los inocentes.

JOAQUIN.— *(Se arroja sobre el cadaver)* ¿Quién ha sido el asesino de mi hija? ¿A dónde está para confundirlo? ¿A quién le ha hecho daño mi pobre hija? ¿Quién la mató? ¿Quién la mató?

MARIO.—*(Se avalanza sobre el cadaver)*. Tú la mataste padre egoista; pero no, yo la maté. Yo he sido el criminal, éste fué mi único gesto. *(todos se arrojan sobre él y lo aprehenden)*.

ANTONIO.—He ahí la última escena de la vida: la muerte.

TELON

PRINCIPIO

DE

POLEMICA



La Tesis de "Un Gesto"

No quiero ocuparme del mérito literario ni de la fuerza dramática de la obra de Pérez Taylor. Otros pueden hacerlo con tanta o quizá más competencia que yo, y esto es motivo suficiente para que les deje encargarse de esta tarea. Además, la amistad sería un inconveniente para tratar con la imparcialidad necesaria de una cosa tan relativa como el valor artístico de una obra en tanto que permite perfectamente llevar la contra, con la mayor libertad y aun con cierta brusquedad en materia psicológica y sociológica.

Desde luego, en lo primero no hemos de diferir en opiniones. En cierto modo puede decirse que no hay tesis social terminantemente expresada en «Un Gesto»; y, por cierto, esto viene a ser una calidad dramática de la obra. Parece que el público no lo comprendió así y aun dijeron muchos que Pérez Taylor se subía a la tribuna. Es sin duda la escasez de obras de tesis en el teatro español la que

hace que por la falta de costumbre de ver exponer teorías en el escenario, muchos hayan encontrado que la exposición de ideas ocupaba demasiado lugar en la obra.

En realidad no hay tal exposición de ideas; pues el hecho de haber vertido conceptos en el diálogo, no tuvo por objeto tanto propagar o discutir dichos conceptos en sí, como mostrar la reacción de determinadas psicologías frente a estos conceptos.

Sí, en último caso, se quisiese sacar alguna conclusión objetiva, absoluta, de la obra, sería ésta: La sociedad está mal organizada; está llena de abusos y de injusticias que es necesario combatir. Sin embargo, todo esfuerzo será inútil mientras el pueblo, que es el único que puede constituir la fuerza activa, no sea consciente e instruído.

Es la afirmación del fracaso de todo movimiento colectivo en los actuales momentos, de la necesidad de un mejoramiento individual de la humanidad, ante todo. Es el primer paso hacia el individualismo.

Para que la obra fuése una exposición clara y terminante del individualismo y constituyese así una verdadera obra de tesis, sería preciso que Pérez Taylor nos dijese qué ha de hacer el individuo que, trabajando con la mejor intención del mundo para mejorar la si-

tuación del pueblo, se convence de que este mejoramiento no será posible mientras el pueblo no se haya educado.

Pérez Taylor podía declarar decididamente que, aun suponiendo que es del deber de todo individuo que cree poseer la verdad y poder solucionar la cuestión social, propagar esta verdad y realizar esta solución, cesa tal deber desde el momento en que los mismos interesados acogen la verdad con indiferencia y aun con desconfianza, y combaten los esfuerzos del reformador; que, por lo tanto, el mencionado individuo no tiene más remedio que retirarse a su casa y trabajar en provecho propio.

Pero Pérez Taylor prefiere dejar la cuestión planteada, sin contestarla de este modo que podría parecer algo brutal y cínico. Al terminar el primer cuadro del segundo acto, concluye, pues, el drama social y se desarrolla el drama psicológico. Porque la conducta de Mario en el segundo cuadro no puede considerarse nunca como ejemplo que debiera ser seguido; unicamente se admite como caso psicológico, excepcional.

Lo llamo excepcional, pues sólo la imposibilidad de intentar algo práctico para la realización de los ideales concebidos puede conducir al nihilismo (porque es de nihilista la mentalidad final de Mario). Esto es lo que sucede

en países despóticos en los que las teorías, comprimidas en el interior de los cerebros, estallan violentamente en forma de bombas.

La desilusión que proviene del fracaso de una actividad práctica que pudo desarrollarse en plena libertad, conducirá a un profundo decaimiento, a una repugnancia marcada para sus semejantes, la que pronto quedará substituída por una total indiferencia. Y el individuo reaccionando, acabará por ocuparse egoístamente de sus asuntos particulares, y cuando mucho, como Pérez Taylor, escribirá «Un Gesto», en vez de hacer el gesto.

Llevado a escena el personaje con esta psicología, la obra resultaba poco teatral; y Pérez Taylor, como todos los principiantes, prefiere episodios efectistas que permitan dar mayor fuerza dramática a la obra.

Cierto es que existen determinadas circunstancias, netamente catastróficas, en las que puede realizarse el gesto de Mario. Tal es la que nos presenta Zola en «Germinal» y que sin duda inspiró el último acto de «Un Gesto». Tales son, en la vida real, las agonías de movimientos revolucionarios fracasados, en que hombres prominentes se hacen matar en lo alto de una barricada.

Pero además de que no es de la naturaleza la circunstancia en que se produce el ges-

to de Mario, tales gestos trágicos, para no aparecer como muecas (usando la palabra de Pérez Taylor mismo), necesitan ser resueltos, desesperados, y no vacilantes y locos, como el de Mario.

En resumen la obra de Pérez Taylor presenta un ambiente social perfectamente reconocido, en el cual se mueve una psicología inconsistente e ilógica.

JEAN HUMBLOT.

El Gesto de mi amigo Humblot

«El Nacional» del martes trajo, entre otras varias cosas de interés —como es de costumbre en su material literario— un juicio del periodista Jean Humblot acerca de mi primera obra teatral, y que titula «La tesis de «Un Gesto».

Hacer crítica en nuestros días, verdadera crítica, es una cosa rara y excepcional, porque casi siempre los cronistas se dedican a alabar o a fustigar artistas, según sean las propinas del empresario o las sonrisas de las tiples sensuales. Y Humblot, culto, en grado sumo, juzga solamente de mi sincera producción con sus gafas severas de pensador, acostumbrado a bucear incesantemente en los campos áridos de los estudios sociales.

Agradezco en todo su crítica, y difícil es que yo mismo juzgue de una producción mía, maguer cuando es la primera. El primitivo pasional que duerme dentro de nosotros, a veces se despierta con rugir intenso, y la mejor disposición que tengamos para ser imparciales y

serenos con nosotros mismos, nos arrastra a los despeñaderos del amor propio y vanidad.

Pero como de ideas se trata y de ideas vertidas en el teatro, éstas siempre encuéntranse por encima de todo prejuicio, diáfanas y claras, para que nuestras pasiones puedan quedarse agarrotadas a la férrea voluntad de la honradez y o el buen pensar.

Mi buen amigo Humblot juzga el final de la obra como si de novela se tratase y pregunta: «qué como el autor no puso clara y terminantemente la tesis individualista, diciendo que ha de ser el individuo que trabajando con la mejor intención del mundo para mejorar la situación del pueblo, se convence de que ese mejoramiento no será posible mientras el pueblo no se haya educado».

Lo mismo que usted interroga lo pensé yo al plantear el final del drama. He ahí lo verdaderamente escabroso del teatro: saber rematar los actos y, sobre todo, cuando del último se trata.

Y pensé ¡tantas cosas! y ¡tantos dilemas! ¡tantas deducciones! ¡tantos finales! conforme a la verdadera tesis individualista, que con ningúno estaba conforme como final teatral; y pensé que Mario, decepcionado de su labor apostólica por la falta de preparación moral en el pueblo que siempre gusta de ser enga-

ñado con oratoria oropelesca de ignorantes agitadores, y desprecia los razonamientos instructivos de los que desinteresadamente desean su mejoramiento, debería resolver la tesis de la manera siguiente, si de novela se tratase:

En el segundo acto ya habían pasado unos diez años y Mario, con su esfuerzo individual, había acabado por llegar a poseer una gran fábrica, realizando al mismo tiempo un sueño de amor casándose con la hija de su antiguo patrón, el altanero, que a cada rato le hacía recordar su cuna humilde, así como teniendo de empleado a ese mismo patrón que, aruinado, había acudido a la protección de su viejo empleado. Este desenlace hubiera sido lógico en la novela, pero nunca en el teatro, por ser el final de ninguna fuerza dramática.

La doctrina individualista o cualquiera otra tesis social es cansada en su lectura y con mayor razón resulta cansada y aburrida en el palco escénico. El público desgraciadamente va a sentir y no a pensar. Hay que darle violentas emociones y no dosis de filosofías, y cuando éstas se exponen hay que diluirlas en los diálogos, como pretextos, pero nunca como fundamentos. Bastante agrado tuve de que el público no se impacientase en el segundo acto, donde esbozé, únicamente, amigo Humblot, la

teoría individualista, esa doctrina tan incomprendida y tan bella que viene a ser, en los métodos modernos, la más alta cúspide de los espíritus elevados.

Y haré, con su comentario, motivo para concretar los principios de los grandes fundadores de la filosofía individualista.

Según Godwin, nuestra suprema ley es el bien de la comunidad. Según Proudhon, nuestra suprema ley es la justicia. Según Max Stirner, la suprema ley para cada uno de nosotros, es su propio bienestar. Según Bakunine la suprema ley que debe regir entre los hombres, es la ley del progreso evolutivo de la humanidad; en virtud de que ésta última ha de elevarse desde un estado menos perfecto a otro lo más perfecto posible. Según Kropotkin, la suprema ley que rige a los hombres, es la ley de la evolución de la humanidad, desde un estado menos feliz a otro lo más feliz posible; de esta ley deriva el autor el precepto de la justicia y el precepto de la fuerza de acción.

Según Tucker, la suprema ley para todos nosotros es la ventaja propia; pero de aquí hacer derivar la ley de la igual libertad de todos, y según Tolstoy, la suprema ley es el amor.

Ya notará mi buen amigo, el director de «L Individu» que estos conceptos son tan hermosos para desarrollarse en el teatro, que en

un primerizo y novel autor es casi imposible que hubiera adunado a la dinámica teatral la tesis individualista en su amplitud social; pero agradezco el gesto del apreciable colega Humbłot, que, en unión de don Juan Ruiz, fueron los únicos que hicieron crítica sana y me estimularon para el porvenir.

EL AUTOR.

INDICE

